

Luis Galdames (*)

Concepto de la Historia



CHILE fué, durante mucho tiempo, uno de los países americanos en que más se cultivó la historiografía. Los nombres de sus historiadores principales son, entre los estudiosos, universalmente conocidos. Sus métodos—de procedencia francesa y norte-americana—se distinguen por la severa investigación de los hechos.

(*) *Luis Galdames* (1881-1941).—Profesor y Abogado. Enseñó en diversos establecimientos educacionales y durante varios años tuvo a su cargo las cátedras de Historia de Chile y de Educación Cívica en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Ocupó altos cargos en la dirección de la enseñanza nacional: Rector del Liceo M. L. Amunátegui, Director General de Enseñanza Primaria, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación. Viajó por toda América, presidiendo misiones educacionales o en giras de estudios.

Dejó numerosos trabajos pedagógicos y sociológicos. Como historiador sus obras más destacadas son: «Estudio de Historia de Chile», excelente manual que lleva varias ediciones; «La juventud de Vicuña Mackenna», «La evolución constitucional de Chile» y «Valentín Letelier».

En su recuerdo publicamos este ensayo titulado: «Concepto de la Historia», que lo escribiera a fines de 1929, en Nueva York, y que ha permanecido inédito hasta hoy. Podemos hacerlo por gentileza de su hijo, don Francisco Galdames, quien prepara una obra que contendrá una biografía y los numerosos trabajos inéditos de don Luis Galdames.

por la abundancia de la documentación, por la prolijidad y exactitud de los relatos y por la serenidad de los juicios.

Sin embargo, de esas mismas cualidades emanan algunos defectos: con frecuencia, detallan demasiado; biografían a todos sus personajes; y dan una importancia desmesurada al carácter político de los sucesos. Estas circunstancias han influído para que no se les lea con el detenimiento que merecen. Ningún otro defecto podría observárseles que no les fuese común con los historiadores más reputados de su época.

Pensamos, no obstante, que esos métodos deben ceder ya el paso a otros diferentes. Parece necesario, desde luego, ampliar el contenido de la Historia. Los sucesos de orden económico, intelectual, moral, jurídico y social tienen derecho a ocupar en ella sitio propio y por lo menos equivalente al que se les asigna a los sucesos políticos, revoluciones y trastornos; porque éstos emanan de aquéllos, sin los cuales serían inexplicables.

¿Hay entonces, se dirá, sucesos históricos explicables? Y si los hay, ¿cómo es que sólo se les refiere y no se les explica? Porque no debe tenerse como explicación de un suceso la que algunos historiadores suelen dar, cuando lo atribuyen a la voluntad o al capricho de éste o de aquel personaje, o a una combinación de circunstancias eventuales, o simplemente al acaso. Y eso, cuando con la explicación no se empeñan en justificar tales o cuales acciones. Explicar un hecho no es únicamente decir cuándo y cómo ocurrió—o sea relatarlo—sino decir además *por qué* ocurrió en la forma en que se le da a conocer.

Los sucesos históricos son, por su naturaleza, colectivos—de hechos individuales no hay historia sino biografías—y un hecho colectivo es también por su naturaleza complejo, lo que significa que entran en su realización factores numerosos de diversa especie como determinantes próximos o lejanos.

Pero comencemos por entendernos bien. Llamamos «hecho colectivo» a todo hecho histórico, no porque los ejecute la colectividad, ciertamente. La colectividad, masa amorfa, no ejecuta

nada. Los hechos—claro está—los ejecutan los hombres; pero movidos siempre por ideas, impulsos o necesidades de la agrupación social a que pertenecen—denomínese ésta como se quiera—y son esas fuerzas las determinantes de sus actos. Tal es la significación del hecho colectivo.

Por consiguiente, para dar de esos hechos una explicación racional o científica, es menester considerar los factores que los han generado y hacerlos confluír en una acabada síntesis, hasta la verificación del hecho mismo. Proceder de otro modo no es más que un aletear en el vacío.

Este raciocinio insinúa el concepto fundamental de que la Historia debe dejar de ser ya una narración, para llegar a ser una explicación, como toda ciencia lo es de los objetos de su dominio. El dominio de la Historia es el pasado de una sociedad; luego la Historia debe explicar ese pasado; no sólo referirlo. A ese título nada más la Historia se clasificará entre las ciencias; y será la base común de todas las Ciencias Sociales, su «alma mater».

Las dos ideas expresadas—ampliación del contenido de la Historia y carácter explicativo de la misma—son dos términos de un mismo sujeto, que es la iniciación en el nuevo método de esta ciencia; porque no sería posible darle a la Historia ese carácter explicativo sin hacer que figuren en ella todas las manifestaciones colectivas de la sociedad.

Estas manifestaciones o actividades,—como se prefiere decir—se correlacionan y se compenetran hasta llegar a solidarizarse, aún cuando sean de la más diversa especie. Así, un hecho económico se relaciona casi siempre con un hecho político y éste, con uno de orden intelectual, moral o jurídico, y alguno de estos mismos a su vez, con otros de naturaleza social. Y en el movimiento de la vida ordinaria, el cambio de posición de uno cualquiera afecta a los otros, total o parcialmente. No es difícil proponerse ejemplos extraídos de observaciones vulgares, mediante la propia experiencia.

La multitud de esas relaciones, partidas y contrapartidas,

puede invertirse, alternarse y variarse hasta lo infinito y siempre se tendrá una imagen del complejo número de factores que concurren a producir un hecho. No es aventurado, en consecuencia, prever que muy a menudo un hecho se determinará, antes que por los de su misma especie, por otros hechos de especie diferente.

Aunque se trate, pues, de componer la Historia de una sola serie de hechos—o de alguna porción de ella—siempre será indispensable explorar las series distintas, para establecer la posición que en la sociedad ocupa la que se historia, los elementos que la condicional y el valor relativo de cada uno de sus hechos.

Se impone, de consiguiente, en la composición de la Historia, una clasificación, al igual que en cualquiera otra ciencia. Como se sabe, las clasificaciones científicas son convencionales; y por lo común, tan buena es una como otra, según el objeto que con la adoptada se persiga; pero habrá siempre que adherir a alguna. Parece que en el caso propuesto, está indicada la agrupación de los hechos en series, tomando como base sus analogías funcionales; es decir, el papel que desempeñan en la sociedad. Habría así—y la enumeración no es ni pretende ser completa—hechos económicos, sociales, intelectuales, morales, jurídicos y políticos, etc.

La clasificación insinuada y cualquiera otra que se adopte, serán siempre ficticias; porque no corresponden ni pueden corresponder a una realidad comprobable. Lo normal es que un mismo hecho participe a la vez de varios de esos caracteres funcionales. Pero debe tenerse en cuenta que del mismo achaque padecen todas las clasificaciones; y no puede ser de otra manera, porque su objeto es meramente formal o metodológico. Cuando decimos, por ejemplo, que el cuerpo humano es divide en cabeza, tronco y extremidades, afirmamos a sabiendas algo completamente falso; porque, aparte de que esas pretendidas secciones funcionan como una sola unidad y no podrían funcionar separadas, si el cuerpo realmente se dividiera en ellas, dejaría de ser lo

que es. Sin embargo, con ese procedimiento se consigue el objeto metodológico de efectuar un estudio mejor.

La dificultad se obvia, en nuestro caso, clasificando el hecho de acuerdo con su función más importante. Pero eso mismo nos advierte de la necesidad de coordinar convenientemente las series y de correlacionarlas entre sí, hasta percibir sus influencias recíprocas. Y todavía no estamos más que en el principio de la labor.

Luego viene la subordinación de los hechos, con respecto al asunto histórico cuya explicación se persigue. Y nótese que no decimos subordinación de las series, sino de los hechos; porque, si en general es posible reconocerle a alguna serie preeminencia sobre otras, puede muy bien ocurrir que esa preeminencia no exista al tratarse de un caso particular. Estamos muy cerca del determinismo económico, pero no lo acogemos como doctrina; porque estamos seguros de que hay muchos hechos que escapan a su jurisdicción. Preferimos, en tal sentido, el determinismo social que, en la generalidad de los casos, será tal vez equivalente, pero que de todas maneras corresponde mejor a la complejidad de las acciones humanas.

Avanzada la investigación hasta ese punto, es natural que sobrevengan los más graves problemas. El primero de ellos se refiere a la filiación de los hechos de una misma serie, a lo largo del tiempo; su origen, su crecimiento, las influencias internas y externas que han favorecido o contrariado su expansión, su lugar propio en el ambiente, su realización en fin, con todos los caracteres que la distinguen y las repercusiones que ha traído consigo; toda una ley de causalidad, vivida en el curso de los hechos que se estudian.

La tarea más ingrata no es esa, sin embargo. Es la que se refiere a los hombres actuantes en los sucesos. No hay para qué recordar la ya vieja querrela del papel reservado al «grande hombre» en una sociedad. La explicación histórica exige prescindir hasta cierto punto de ellos, con perjuicio, naturalmente

del interés dramático de la relación. Pero exige a la vez prescindir en absoluto de las personalidades de orden secundario; y eso es lo más duro, porque son legión y porque ha bastado la circunstancia de que prestaran algún servicio público desde un puesto elevado, para que sus descendientes los crean, si no monumentales, acreedores a lo menos de un sitio en la historia. Se imaginan que la historia ha de ser una especie de catálogo de todos los hombres que se dicen ilustres; y como hay muchos charlatanes que así se lo hacen creer para explotar su ingenuidad, se irritan con el escritor independiente que no ha hecho la debida justicia a sus mayores. Llaman «justicia» a los epítetos elogiosos.

De los otros, de los de primera fila, decimos que hay que prescindir «hasta cierto punto», para significar que no es posible darles una intervención mayor en los sucesos que la que les corresponda como representantes o fieles ejecutores de aspiraciones colectivas. Hay conveniencia quizás en que fijemos con cuatro palabras nuestra posición a este respecto.

Son los llamados «grandes hombres»—guerreros o gobernantes, inventores o sabios, pontífices o artistas—los prototipos de una agrupación humana en un momento determinado de su desarrollo; pero en los actos que ejecutan y en las obras que llevan a cabo, cuanto ponen de individual,—que siempre es mucho,—tiene en última instancia origen colectivo, del mismo modo que se le valoriza colectivamente. Factores extraños a su propia personalidad, desde el medio geográfico y la herencia hasta los elementos sociales y culturales de su tiempo—«el clima del genio», como dicen algunos—concurren a determinar su destino. Si uno solo de esos factores hubiese faltado, es lo más probable que el grande hombre se hubiese confundido con los del montón.

El hecho de que nosotros, en muchos casos, no podamos rastrear todos esos factores, para explicar su influencia relativa en la formación de la personalidad sobresaliente, sólo prueba la insuficiencia de los conocimientos a nuestro alcance, pero no que los tales factores no existan. La Sismología no ha logrado

hasta ahora darnos una explicación suficiente del origen preciso de los terremotos y temblores de tierra; y ello no demuestra la inexistencia de las causas físicas que los producen.

Los botánicos saben que suele haber en los campos una planta que representa su género con más propiedad que las otras. En ella, los caracteres distintivos del género se presentan más nítidos y palpables, mejor diferenciados. Es un ejemplar típico. Su adaptación al medio y los elementos de vitalidad que el suelo ofrece la han favorecido allí particularmente. Colocada esa planta en otras condiciones de ambiente, en el ambiente común en que las de su mismo género se desarrollan, pasará a ser como todas las demás. Cosa análoga ocurre en las agrupaciones humanas, respecto a sus hombres superiores. Desplazados del ambiente y de la época en que surgieron, o habrían canalizado su actividad en otro sentido o habrían sido lo que se llama «un buen burgués».

Hay que prevenirse, pues, acerca de la importancia de los grandes hombres y de la cuota personal que ellos aportan a la sociedad en que actúan. Es cierto que ellos aparecen haciendo la Historia; pero detrás de ellos o por debajo de ellos, está la multitud de la cual han salido y que los ha hecho a ellos mismos, la multitud, que es su ambiente y su fuerza. «Ayúdenme y nada se ha perdido», decía Napoleón después de Leipzig; y la multitud no respondió; momento preciso del derrumbe de un genio.

No podría escribirse la Historia científicamente, como una explicación de los fenómenos sociales a lo largo del tiempo, si esos fenómenos se consideraran sometidos a la voluntad discrecional o al capricho dispéptico de los grandes hombres. No hay ciencia de lo accidental, sino de lo permanente; y ellos mismos constituyen un fenómeno histórico que requiere explicación.

La Historia viene a ser así una sucesión de hechos colectivos que determinadas personalidades dirigen o ejecutan, pero que de ordinario no generan. Y decimos «de ordinario», para salvar la relativa originalidad de cierta especie de producciones intelectuales.

tuales; creaciones artísticas, por ejemplo, que en parte siquiera habrán de reconocerse como fruto del genio. No hay, pues, historia de hechos individuales sino en cuanto han tenido repercusión social, o sea, esos hechos sólo pueden ser históricos con relación a su ambiente, o «en función del medio», como algunos prefieren decir.

Eso no es, sin embargo, más que una parte de la Historia, la que comprende el dinamismo intensivo de los hechos; porque hay otra porción, no menos importante, que podríamos llamar de dinamismo extensivo o difuso. Usamos de esas expresiones a falta de otras más adecuadas, porque con ellas esperamos dar a comprender de modo suficiente nuestro pensamiento. Entendemos por hechos de «dinamismo intensivo», los que se aglomeran en movimientos sociales, de cualquiera especie que ellos sean, y que fácilmente pueden ser objeto de nuestra observación, precisamente por que se agitan en la superficie de la colectividad. Son como un oleaje incesante. Multitud de hombres los dirigen y actúan en ellos con ostentación. Su historia es la que generalmente se escribe y casi no se concibe otra. Hay dramatismo en sus relatos; y hasta en la conversación vulgar suele hablarse como de un hecho histórico por excelencia, de la entrevista o la conversación que estos o aquellos personajes tuvieron. Y surge hasta la frase cortante y lapidaria que el historiador futuro, a modo de un repórter cualquiera, habrá de reproducir. Todo eso, a nuestro modo de ver, representa la vida intensiva de la sociedad, en su aspecto histórico.

Entendemos por hechos de «dinamismo extensivo» o difuso, los que en toda agrupación humana se producen de modo espontáneo, por obra de las relaciones y necesidades que naturalmente crea la vida en comunidad, y que con el tiempo se amplían se corrigen, se sistematizan, de manera imperceptible que induce a suponerlos estabilizados indefinidamente. Son las costumbres, se dirá; eso que constituye el aspecto social de la Historia. Sí, son las costumbres; pero también algo más, mucho más. De las

costumbres y prácticas habituales en común, emanan conocimientos, creencias, ideas, invenciones, formas orgánicas de trabajo, subordinaciones de grupos, cooperaciones voluntarias o forzadas y mil hechos de distinto orden que parecen esconderse al ojo del observador. De esa clase de hechos, habitualmente no se hace historia. No figuran en ellos personajes sino por excepción. Son el resultado de una lenta elaboración colectiva en que todos han participado y que, en consecuencia, a nadie pertenece en particular. A lo sumo, la estadística suele dispensarles el honor de registrarlos.

Algunos sociólogos—la generalidad—han inducido a confusión y error, al incluir esa categoría de hechos en una denominada «estática social», con lo que se ha concluído por creer que hay, en los conglomerados humanos, una forma estructural que no varía. Sabemos bien que no ha sido ese su pensamiento; pero, de todas maneras, la expresión no ha sido feliz. Si en riguroso concepto científico no existe en realidad una estática, porque todo en la naturaleza tiene alguna forma de vida—y la vida es movimiento—lo cierto es, sin embargo, que en el lenguaje usual llamamos «estática» a cuanta cosa observamos sin movimiento; y ese es el sentido en que ordinariamente se ha tomado la expresión «estática social».

Pero nada es menos exacto que la inmovilidad de las formas sociales. Lo que llamamos su estabilidad, no es sino su lenta y permanente renovación; eso sí que esta renovación es larga, a veces penosa y siempre imperceptible para la observación directa e inmediata. Sus características son la persistencia y la continuidad. En este sentido, no hay sociedad alguna que no se modifique, o como se dice más comúnmente, que no evolucione; en mayor o menor tiempo, no importa; pero sus fuerzas internas trabajan sin cesar; y no hay duda de que lograrán su propósito de modificarla, aún cuando este propósito sea inconsciente. No existe, pues, una estática para las sociedades humanas. Las mismas fuerzas de resistencia que se organizan para impedir

toda innovación, están reconociendo la existencia y el poder de sus contrarias.

Es llegado el momento de decir que esa historia interior tan descuidada, que carece de héroes y próceres, que no exhibe gestas notables y que se desenvuelve mediante una cooperación anónima; que esa historia en la cual figuran por millones los «soldados desconocidos», es el fondo indispensable sobre el cual se desarrolla la otra historia, la de los poderosos en fuerza, talento o fortuna. No se explicaría esta última sin la existencia de la primera. Urge, en consecuencia, rehabilitarla.

Ha sucedido con la Historia algo comparable a lo ocurrido en el campo de la Geología. Durante más de un siglo se creyó que la tierra había modelado su estructura bajo la acción de grandes cataclismos. Sabemos ahora que, si esos cataclismos existieron y alguna influencia han podido ejercer en la modelación de la corteza terrestre, ella no es de ningún modo comparable con la acción lenta y jamás interrumpida, durante millares de años, de las presiones de sus masas internas y de los agentes exteriores, entre los cuales el agua desempeña el papel preponderante. De análoga manera, la trama de la Historia está formada por multitud de elementos de índole espiritual y material, que se han ido desarrollando pausadamente, sin llamar la atención, bajo las diversas estratas del conglomerado humano, mediante influencias exteriores y acciones y reacciones internas, de carácter individual o colectivo y en todo caso innumerables.

La concepción bosquejada tiende a ampliar el horizonte de las investigaciones a toda clase de hechos, sin excepción ninguna, y a proporcionarle a la Historia el sitio que le corresponde entre las Ciencias Sociales. Nos aventuramos a pensar que es una concepción sociológica, muy próxima a la Sociología misma, y que esta ciencia no logrará constituirse de un modo universalmente aceptable, mientras la Historia no alcance su total transformación en el sentido señalado.

No es difícil advertir que esta misma concepción trasciende

en una ética social y humana. El problema fundamental de toda ética consiste en hallarle un motivo a la vida. Las éticas religiosas lo ubican en una estancia ultraterrena, en una eternidad y un deleite que nos aproxima a los dioses. La moral desprendida de la Historia le halla un motivo suficiente a la vida sobre la misma tierra. No es la belleza ni el placer ni la bondad ni la filantropía. Es el deber social, el ineludible deber de cooperar en la diaria labor común; porque de esa cooperación depende la subsistencia de la sociedad, a la cual nos debemos porque se lo debemos todo.

Dentro de esa cooperación necesaria, cada vida tiene su razón de ser, cada hombre su razón de existir, hasta los malvados, por la reacción que suscitan. Ninguna forma de actividad es menospreciable, porque todas contribuyen a sostener la vida en común, y todas ellas tienen su parte en la Historia, consideradas colectivamente. Todos aportamos a la Historia nuestra cuota, por insignificante que sea, desde el momento en que somos cooperadores de la sociedad, como en el campo de batalla cada hombre es un combatiente a quien el triunfo glorifica y la derrota deprime y la muerte glorifica.

No hay hombres predestinados a la Historia. Los que en ella figuran, sólo fueron los representantes de su colectividad en un determinado conjunto de acciones. Tal vez fueron llamados por ella misma a su servicio; y le sacrificaron sus energías en cumplimiento del deber social. ¡Cuántas amarguras no les causó, seguramente, su propia superioridad! Sirvieron en una más amplia esfera que los otros y por eso se ha querido inmortalizarlos en el bronce; no porque fueran de una especie distinta de sus contemporáneos; por el contrario, ellos los exaltaron porque eran alma de su misma alma. Hoy ocurre lo que ocurrió ayer; y la Historia que se haga de este tiempo apreciará a nuestros hombres de igual modo.

En suma, esa ética culmina en el ideal de un hombre nuevo, socializado por el alto concepto del deber que le impone su colectividad, capacitado para identificarse con las necesidades y aspiraciones de su grupo y dispuesto a sacrificarse en su servicio, no sólo en la guerra, sino principalmente en la paz.